

Adolescencias: identidades agitadas
El tránsito adolescente y las conmociones subjetivas¹

Hugo Lerner

Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. En cambio, el adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo. El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser —pura sensación en el niño— se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante [...]. Por eso la adolescencia no es solo la edad de la soledad, sino también la época de los grandes amores, del heroísmo y del sacrificio. Con razón el pueblo imagina al héroe y al amante como figuras adolescentes.

Octavio Paz

El laberinto de la soledad.

Comentarios iniciales

A los adolescentes contemporáneos no les resulta fácilmente accesible estructurar un proyecto identificador (Aulagnier, P., 1977); sus subjetividades turbulentas nos desafían al imperativo de apartarnos de enfoques dogmáticos y de dogmas de parroquia para situarnos en una zona de apertura y de esta manera posicionarnos como anfitriones de todas aquellas disciplinas y campos del conocimiento que enriquezcan, como diría Foucault, nuestra caja de herramientas y que con estas herramientas se amplíe nuestra posibilidad de comprenderlos.

¹En este texto presento una síntesis y una reelaboración de diferentes ideas que he desarrollado en escritos publicados con anterioridad.

Aspiro vincular mi planteo con la libertad creativa en el pensar psicoanalítico e instar a que debemos evitar toda tentación de establecer pautas "religiosas" rígidas, sagradas y ritualizadas. Como dice Steiner (1974), ser "nostalgiosos del Absoluto" nos conducirá a enquistarnos en nuestra disciplina y a una repetición esterilizante.

Una persona dogmática no interroga nada porque le genera temor, inseguridad. Por el contrario, un psicoanalista nunca debe tener aprensión a preguntar. No se debe taponar rápidamente en la clínica lo que el adolescente actúa o habla con un "interpretazo" (como me gusta llamarlo) procedente de una teoría a la cual se adscribe como un culto. Si uno es dogmático, se cae fácilmente en "interpretazos", mientras que si no lo es, se podrá obrar con paciencia y tolerancia frente a la expectación, sin paralizarse en lo ya "sabido y no pensado" (Bollas, 1987).

Por todo lo expresado, en este escrito me aparto, por momentos, de la teoría y la clínica psicoanalíticas para examinar saberes derivados de otros campos. Indudablemente estos saberes, si los articulamos y los hacemos interactuar con nuestra disciplina, nos permitirán retornar a nuestra clínica enriquecidos. Los adolescentes nos lo demandan.

Siguiendo esta línea me resulta fundamental cuando Wagensberg (2014) afirma que no tiene mucho sentido discutir acerca de disciplinas puras. Ninguna es lo suficientemente invariante para erigirse en un patrón de referencia. "Sólo la tradición (en su versión débil) o el fanatismo (en su versión fuerte) intentan que un conocimiento persevere en un presunto estado de pureza inalterable contra viento y marea. La pureza es una tentación de tierra adentro que tiende a disiparse con la brisa que sopla por la tarde desde el litoral. Por todo ello el conocimiento es por definición impuro, promiscuo, multidisciplinario... ¡interdisciplinario!".

Continúa este pensador "irreverente" señalando que en la *tierra adentro* de una disciplina, lejos de cualquier frontera, se pisa fuerte sondeando una realidad concreta con un método y un lenguaje bien fijados. Pero nos dirá que la región fronteriza se nos representa territorio de peligro, terreno resbaladizo. El carácter interdisciplinario reside en ver por encima del horizonte disciplinario en busca de un cambio de complejidad, un cambio de método, de lenguaje o un cambio de las tres cosas. Me gusta cuando afirma que el "conocimiento avanza por las fronteras de sus disciplinas, es decir, por sus costuras". (Wagensberg, 2014).

Para reflexionar acerca de la adolescencia -yo diría que en el psicoanálisis en general- debemos recurrir a la interdisciplina. Si no lo hacemos, correremos el peligro de quedar encerrados en saberes estériles, cerrados y sin las aperturas que el conocimiento demanda cuando su deseo es el progreso.

La identidad en la adolescencia: un camino desapacible

La adolescencia está transitada por huracanes emocionales que estremecen la identidad y el yo del sujeto. Es apremiante que los agentes de la salud mental, educadores, padres, la sociedad toda sepa aguardar, acompañar, sostener, y no caer (como a menudo sucede) en psicopatologizar con liviandad. No debemos transformarnos en diagnosticadores a ultranza cuando lo que está aconteciendo debe muchas veces calificarse como un proceso normal en este período de la vida. Un antídoto frente a este peligro radica en el necesario e ineludible trabajo interdisciplinario.

La identidad, en esta etapa de la vida, se encuentra sacudida, endeble. El deseo de ser un sujeto en el mundo conlleva una urgencia que no es asistida por el principio de realidad. Demorar la acción es vivido frecuentemente como mortífero. "No sé lo que quiero, pero lo quiero ya", dice la letra que cantaba la banda de rock Sumo.

Tanto los adolescentes como sus familias están en un proceso de reorganización y reestructuración de sus funciones y enfoques, que gira alrededor de estas revueltas identitarias, y con asiduidad la sociedad y la institución escolar los desatiende y no tiene respuestas para ellos, o bien responde habitualmente con la represión violenta que genera inhibición, lo cual tal vez genere más violencia y vuelva insalvable la grieta entre educando y educante. Esto coloca, muchas veces, al adolescente como víctima de un proyecto formativo que, por carecer de toda norma, lo niega o no lo reconoce como sujeto.

Los educadores como los agentes de la salud mental en general tienen la responsabilidad de pensar que el proceso adolescente produce duelo, sufrimiento, desolación, y que de forma categórica se debe registrar a los adolescentes como sujetos en desarrollo, como sujetos característicos a los cuales se les debe dar un lugar. El derrotero hacia la adultez no va a ser tan traumático y desquiciante si comprendemos estos tránsitos turbulentos para así poder alejarnos del cúmulo de desorientados que buscan la oposición como única réplica, posición esta que termina muchas veces alienando a nuestro porvenir, a nuestros adultos venideros.

Obviamente, este planteo no implica desconocer la importancia y la necesidad que muchas veces tiene el colocar límites, faena muchas veces compleja y que numerosos adultos renuncian a ejercerla.

Para comprender las adolescencias actuales se debe tener en cuenta que el mundo actual se les presenta convulsionado, que su mirada al futuro está embebida de perplejidad e incertidumbre, sin faros que los auxilien a orientarse en el tránsito hacia

un futuro desconocido. Las certidumbres de la infancia ya no los habitan ni los habitarán.

Ya lo he desarrollado con anterioridad (Lerner, 2006, 2015), pero considero adecuado volver a ocuparme del tema que paso a desplegar.

De deportista a intelectual, de místico a agnóstico, de *rockero* a barroco, de científico a empirista, soñador al fin: el sujeto adolescente no sabe dónde y cómo aterrizará su yo. Aquí su gran incógnita y su gran desafío. En la infancia, la identidad se cometía adecuadamente con "yo pertenezco a esta familia", "yo soy hijo de mamá y papá". Cercenada esta pertenencia, llamémosla así, el adolescente debe partir a conquistar nuevos terrenos, cambiantes y contrapuestas "familias", enunciados disímiles a los que lo transportaron, escoltaron y nutrieron hasta que penetró en él la sensación y la necesidad -que lo irá subyugando cada vez más- de pretender ser su propio constructor o, en todo caso, el co-constructor de sí mismo, de ser él quien elija a sus otros significativos, sus compinches de aventuras, sus "cómplices".

A medida que se va disolviendo el mundo infantil saturado de certezas y se comienza a recorrer un mundo de incertidumbres y vacilaciones, en medio de su búsqueda de identidad, el adolescente organiza su yo de un modo frágil, quebradizo e inconsistente. Y, en paralelo, esta situación lo lleva a sujetarse a todo aquello que lo aparta de la incertidumbre (fanatismo, convicciones sin alternativa de reflexión, etc.). Al esfumarse las certidumbres, buscará resguardarse en cualquier cosa que lo ayude a agenciarse de una identidad, y en ello se juega toda su subjetividad. Esta parece ser una peculiaridad de los adolescentes: o se amparan en una imagen de sí mismos y aparecen así los fanáticos, los obsesivos que defienden a ultranza su identidad frente al temor a la fragmentación yoica, o su vida se convierte en una transformación o una búsqueda permanente, porque para ellos pronunciarse a favor de algo categórico es quedar cristalizados en un bastión sin salida y con el riesgo temido de no encontrar su identidad deseada.

Es usual que el adolescente construya una trinchera identitaria, un búnker en el que se sienta seguro, un albergue que lo resguarde de los fuertes ciclones de la etapa que atraviesa (lo pulsional, lo social, el vacío, etc.). Cuanto más enérgicos sean los vientos, más esfuerzo pondrá para edificar esa trinchera.

Hasta hace no tantos años, el adolescente estaba inmerso en un modo de exploración de su identidad y sospechaba que su vocación debía revelarse permanentemente. En la actualidad, ese modelo se ensombreció: los adolescentes conjeturan que el encuentro con su vocación va a ser con frecuencia efímero, fugaz, breve, transitorio. Antes navegar era llegar a puerto, anclar en un lugar refugiado; hoy pareciera que lo fundamental es navegar en sí, pues no hay indicación alguna

de que se ha de agenciar de un puerto protegido y amparado. Deduzco que Winnicott llamó a esto último "el jugar": lo importante no es concluir el juego, sino su evolución, perseverar en la zona ilusoria, transicional, donde se da la creatividad.

Indudablemente esto no es ajustable a los sectores sociales carenciados ni tampoco, muchas veces, a los campesinos, que suelen pasar del niño al adulto sin senderos intermedios. Lo que he puntualizado es adaptable al adolescente de clase media urbana, no solo porque en los otros casos no hay posibilidades de desarrollo a raíz de la falta de salidas laborales, sino porque en los primeros existe una frontera más porosa y la sociedad tolera que los adolescentes de clase media transiten por otras áreas, que no tengan relación con lo adoptado con anterioridad.

Los adolescentes asumen como faena psíquica central el rastreo de su identidad, o si se quiere, el trazado de su "proyecto identificador", aunque este sea vacilante. Como establece Rother Hornstein (2003), el adolescente deberá sentir con convicción "... 'yo soy este' (y no aquel). Sentimiento que procede de la representación de un cuerpo unificado, de la separación y límite entre él mismo y el otro, de un sentimiento de propiedad de sí, de su imagen narcisista, de la identificación con las imágenes, los mandatos y los valores parentales, del sentimiento de pertenencia a una familia, a un grupo, a un pueblo, a una cultura, etc." (p. 170).

Esta autora nos recuerda que si bien la noción de identidad no es freudiana, poco a poco fue incorporándose al psicoanálisis contemporáneo, y que el sentimiento de identidad "es un tejido de lazos complejos y variables donde se articulan narcisismo, identificaciones, la vida pulsional... y todo aquello que participa en la constitución del sujeto. [...] La identidad no es un estado sino un proceso, cuya primera fase es el júbilo extremo del bebé que se reconoce en el espejo" (p. 172).

En la cita anterior se aprecia un modo de pensar con el que concuerdo: la constitución de la identidad contempla la idea de intersubjetividad y la concibe como una condición para agenciarse de una subjetividad más rica.

Las tecnologías en el universo adolescente

...hay jóvenes a los que pretendemos dispensar una enseñanza, en el seno de marcos que datan de una época que ya no reconocen: edificios, patios de recreo, salones de clase, anfiteatros, campus, bibliotecas, laboratorios, incluso saberes..., marcos que datan de una época, digo, y estaban adaptados a un tiempo en el que los hombres y el mundo eran lo que ya no son.

M. Serres.

Las nuevas tecnologías y el uso de internet son en la actualidad herramientas imprescindibles en el mundo en general y en el de los adolescentes de forma dominante, trocándose inclusive en un elemento esencial en la cultura adolescente contemporánea.

En los últimos años han aumentado abundantemente las consultas por una adhesión excedida a las nuevas tecnologías y tanto las familias como la sociedad en general se muestran inquietadas por el aislamiento excesivo de los jóvenes, sumergidos en los móviles y en otras tecnologías. Esta preocupación ¿es fundamentada?

El hipotético retraimiento de parte de los jóvenes -y también de sujetos de otros grupos etarios- por el uso del móvil ha iniciado un debate social. Inclusive se le ha puesto nombre: *phubbing*².

Recordemos que la adolescencia muchas veces es considerada como un "producto cultural" favorecido por el sistema escolar y también por el consumo. La conciencia de ser un grupo separado que posee su propio lenguaje, su moda, su música y que pertenece a un sector de consumo relevante son algunas de las características de una corriente que busca modelos generacionales y que se cierra en si mismo buscando sus valores, algo que hace que la relación con los mayores sea "más complicada". La cultura adolescente está muy ensamblada a "las necesidades de consumo". Esta cultura está atravesada entre la tensión de la identificación con su grupo de pertenencia, "el ser aceptado", y el distinguirse y ser "uno mismo".

En esta sociedad del consumo, las nuevas tecnologías e internet juegan un papel preponderante, especialmente en los jóvenes. Los adolescentes que son curiosos casi por definición y les atrae ir más allá de los límites, descubren en internet un mundo fantástico. Frente a este escenario, las perspectivas de acción de padres y adultos son muchas veces avasalladas porque se trata de un universo cada vez más accesible.

Creo que el aislamiento a través del móvil -una de las tecnologías más utilizadas por los adolescentes- no enuncia, sin embargo, falta de interés o desprecio de los jóvenes sino a que hay que examinarlo como un atrincheramiento identitario. El aislamiento es relativo ya que los adolescentes se están comunicando con otros sujetos y este tipo de comunicación no dificulta la que se consigue cara a cara sino que la promueve. No hay que dramatizar con los efectos no deseados del uso de las

²El *phubbing* es un término inglés compuesto a partir de las palabras *phone* (teléfono) y *snubbing* (despreciar), que nace para describir la situación en la que la persona resta atención a sus acompañantes para dedicársela a su teléfono móvil o a otros aparatos electrónicos.

nuevas tecnologías porque estos no siempre son expresiones de supuestas patologías. No niego la presencia de lo que se ha dado en llamar las "tecnopatías", pero no pretendo abordar en este escrito esta problemática.

El uso del celular no deja de ser comunicación hacia el exterior vía móvil, lo único que cambia es el canal.

¿Acaso no hemos tenido que anexar, los analistas de adolescentes (también de adultos), el móvil porque estos asiduamente necesitan mostrar imágenes para expresarse y para comunicarse con nosotros? Ya es habitual que los mensajes de texto hayan desalojado la voz en el teléfono.

Los adolescentes, alejados del mundo adulto y destituidos de la niñez, se apuntalan en los grupos de pares, en los otros significativos con los que comparten todo el tiempo que pueden. Se congregan "en rebaños", organizan sus salidas en el espacio virtual y se agrupan a través de diferentes elecciones musicales, por un modo de vestirse, por un espacio de encuentro, por una elección para el uso del tiempo libre. El uso de los dispositivos móviles es esencial en sus intercambios.

La adolescencia es la etapa de la vida en que la "lucha por el reconocimiento" es trascendental. Se exterioriza la rebeldía y el desafío hacia el mundo de los adultos, reclamando atención, fraguando diferencias, testeando límites y fronteras. Buscando una genuina visibilidad frente a ese otro generacional, base sobre la que luego algunos proyectarán su identidad como adultos.

Las expresiones de las culturas juveniles contemporáneas responden a estas cuestiones propias de la edad con la marca de una época altamente tecnologizada en sus comunicaciones y un período de las relaciones intergeneracionales atravesadas por la proximidad y la horizontalidad.

Las llamadas nuevas tecnologías adquieren un especial realce entre los adolescentes, proclives a asumir en primera persona -hágalo usted mismo- y como si fueran parte de su subjetividad -ciertamente y sin mayores reparos-, las herramientas que suministra este universo en firme expansión. No se trata solo de aparatos electrónicos en sí; el correo electrónico, el infinito mundo de SMS, los blogs y sus derivados -los fotologs y los videologs, Instagram, etc.- tienen en el mundo adolescente su principal sostén.

Paralelamente, las diversas generaciones están más "próximas" que en el pasado. Esto significa que, a diferencia de otros momentos, padres e hijos comparten hasta cierto punto una cultura coloreada por la tecnología.

Si consideramos las fechas de nacimiento de los sujetos menores de 25 nos encontramos con padres que atravesaron su adolescencia con posterioridad a la consolidación de las llamadas "culturas adolescentes". Los padres de los adolescentes

actuales fraguaron su "condición" de adultos en culturas que les consintieron un tránsito típicamente "adolescentizado", condición que les fue dificultada a las generaciones previas, socializadas en culturas tradicionales.

De esta manera, los adolescentes actuales deben moldear su oposición generacional frente a padres adolescentizados, ya no tan tradicionales y formales, descontracturados y eventualmente actores de la rebelión generacional de los sesenta y los setenta. Es decir que los adolescentes actuales son hijos de sujetos fogueados por el espíritu juvenil.

Los jóvenes contemporáneos manejan un espacio de transgresiones que se ha reducido. Ya no está emplazado en el sexo, o en la "música joven", y si está, no está exclusivamente en el rock y sus variantes, podríamos incluso decir que no está siquiera en las drogas. Las transgresiones están más destinadas a la radicalización del estilo, lo que lleva a la expansión de formas musicales, indumentarias, estéticas y de la manera de exhibirse ante los otros y que buscan rasgar la aceptación adulta: esto acarrea que ciertas expresiones de las culturas adolescentes sean cada vez más encriptadas, subrepticias y aisladas, aunque al mismo tiempo excesivas y estridentes, a veces depresivas y en otros casos desesperadas, pero nunca dejan de ser desafiantes, tumultuosas y amplificadas en su voz.

La demanda de atención se agiganta en la ropa -llamativa, provocadora, rara-, en los gestos -amenazadores, sombríos-, y, en algunos casos, en las prácticas extremas -como la autoflagelación y los cortes-. La tribu urbana de los emos son un ejemplo de este dilema tan especial de las culturas juveniles contemporáneas.

Las redes sociales tienen el objetivo de construir grupos, vigorizar redes de inclusión, buscar los beneficios que da una especularidad inmediata, un reflejo en los otros de su "Tribu" en un momento en el que las comunicaciones interpersonales se encuentran definitivamente atravesadas por las nuevas tecnologías.

Hoy la comunicación se edifica a través de vertiginosos textos entrecortados, de imágenes publicadas o de elecciones estilísticas espectaculares, pero la búsqueda es la misma que ha prevalecido en diferentes momentos: ser reconocido y a veces rechazados por el mundo adulto aunque lo central es la amistad y el reconocimiento de los pares.

Retomaré algunos temas relacionados con la tecnología en el apartado en que describo a la "generación Y".

Los otros significativos

Subsiste una representación generalizada acerca de que los adolescentes -aunque no involucra a todos los adolescentes de todas las clases sociales-, se posicionan en una suerte de "modelo" que aglutina principios estéticos activos que contienen una fuerza de gran trascendencia. Este modelo estético fundado en la imagen adolescente -de las clases medias y altas (aunque también hay modelos típicos en las clases sociales bajas y en grupos socialmente excluidos)- enuncia necesidades diversas y hace de este distintivo momento de la vida algo que, en términos sociales, es mucho más profundo que una crisis y una reestructuración identitaria. El "modelo adolescente" se irradia y goza de un amplio reconocimiento social, se manifiesta en parte por el opuesto: la vejez es juzgada como desventajosa, el origen de enfermedades y declinaciones, una etapa que augura el crepúsculo de la vida. Lo contrapuesto es la adolescencia, representando el grado cero de la vida adulta, está y no está en ella, con todo el porvenir por delante, plasmando un modelo con el que identificarse.

Reflexionemos también que en la sociedad actual se han esfumado los referentes de trascendencia que antes eran significativos. El adolescente está "huérfano de ideales".

En la cultura actual ocupan un lugar sobrevalorado la adolescencia y el mito de la eterna juventud, junto a otros mitos como el de la belleza que no se deteriora, la salud que se conserva indemne o la energía que se rejuvenece sin cesar; son los universos de un espejo en el que con fuerza progresiva la sociedad procura reflejarse.

En esta trama cultural actual no es sorprendente que el mercado, fundamentalmente en las tácticas publicitarias que estimulan a agenciarse de bienes de consumo, abuse de este modelo convirtiéndolo en el vehículo de las señales que pretenden identificar productos con un objeto del mundo adolescente. Este mundo, que abona al estereotipo que los medios recolectan y vigorizan, se expande porque vende: apunta a un paraíso pleno de vitalidad, bienestar, dinamismo y felicidad. Acaba fundando un mito en el que circula libido, deseo, goce y que al cautivar promueve a la identificación y a fomentar al consumo.

La publicidad actual aspira a imponer en ciertos sectores un modo *light* y feliz a ultranza de estar instalado en la realidad, lo que yo llamo la "juventud Cinzano o Quilmes" en función del mundo "ideal" que muestran estas publicidades: jóvenes alegres, despreocupados, sin problemas económicos, todos hermosos y esbeltos, en lugares paradisíacos del Caribe o esquiando en bellos paisajes de montaña y con el

placer a mano en todo momento.

¿Qué excluidos están de este modelo los individuos sumergidos en la problemática de la subsistencia! En ellos el ideal, el proyecto de vida queda inmensamente apartado de esos escenarios y está mucho más asociado a satisfacer necesidades básicas y no a lo que esas publicidades pretenden mostrar. En todo caso, el alcohol que ingieren cumple más el papel de un anestésico que el de un estimulante. (Lerner, 2013).

Por lo tanto el proceso de producción de subjetividad, con la adolescencia convertida en modelo mediático, reproducida vigorosamente por las identificaciones en grupos de otras edades y tensionada por contextos sociales que la prolongan, tiende a establecerse siguiendo una lógica novedosa y enmarañada.

Los grupos de pares -los otros significativos-, instituyen lo novedoso en los sujetos que atraviesan la adolescencia. Estos demarcan espacios y tiempos en los que van edificando un mundo compartido, y que es central para custodiar las identificaciones adolescentes, ya que los grupos primarios como la familia y la escuela van quedando atrás. Los grupos de pares están contruidos en general por miembros de la misma edad y el mismo género. Esto no imposibilita la existencia de conjuntos mixtos o grupos en los que es admitido algún miembro de mayor o menor edad. Estos colectivos son la primera amplificación de la red de relaciones en las que ingresan los adolescentes, son los grupos de amigos y amigas más próximos, que se reúnen a pasar el tiempo, compartir charlas, escuchar música, hacer deportes, planear programas, transitar por diferentes espacios.

Estos conjuntos promueven contención afectiva y representan sitios de autonomía donde se experimentan las nacientes búsquedas de independencia. Son campos de atracción libidinal, que expresan pertenencia efectiva y que vehiculizan los primeros contextos de los procesos que deconstruyen las identidades infantiles que están siendo abandonadas. En estos espacios se despliegan las primeras conversaciones acerca del sexo, el descubrimiento de los otros a nivel social y el propio lugar, se descubre la música que se adoptará como la indicada, la forma de vestirse y también un modo de hablar. Se trata de incuestionables recintos simbólicos en los que se ejerce conscientemente la diferenciación social y la búsqueda de identidad. Es un espacio que protege el proceso y trayecto identificatorio. (Aulagnier, 1991).

En todo grupo se emplazarán diferenciales: ya sea por la música que escuchan, por prácticas de diferentes actividades como ir a fiestas en casas o en las discotecas, qué recitales de músicos de rock o de intérpretes eligen, leer libros o mirar televisión, compartir la pasión por los videojuegos, mirar las mismas series, todo esto en sus

distintas posibilidades. Los jóvenes quedan comprendidos en los mismos grupos por compartir los mismos espacios determinados por sus gustos y elecciones.

Habrán grupos con inclinación a consumos "intelectuales" y "elitistas", que concurren a actividades literarias, aborrecen el deporte, intentan marcar con fuerza lo diferente que son al resto de sus compañeros de escuela que siguen a algún programa popular de televisión y, más adelante, se encaminan hacia algún tipo de elección universitaria humanística.

Otros grupos escogerán el deporte y no le dan valor a las actividades intelectuales, eligen música de consumo popular, aprecian la televisión cuando están reunidos en sus casas y en correspondencia con la vida al aire libre valoran un deporte al que le consagran mucho tiempo.

Sé que estamos refiriéndonos a sectores de la clase media, pero lo que intento es que se distinga en la acción de los grupos de pares la gran diferenciación en gustos y predilecciones que acaban expresando coincidencias electivas aptas para enlazar grupos, demarcar circuitos de consumos culturales, consolidar identificaciones grupales y propulsar procesos de socialización diferentes, enmarcados en territorialidades alejadas y que favorecen a la construcción de comunidades con destinos desiguales entre sí.

En adolescentes de sectores populares asiduamente se valora el encuentro en "la esquina" o el club de barrio, esto no es igual que elegir la "vagancia", pertenecer al grupo de "vaguitos" o de "guachitos" con los que "se para" y en los que se admiten diferentes formas de delito menor y "la transa" de drogas a baja escala. Aunque son grupos socialmente objetados y rechazados es indudable que para ellos estas pertenencias son una urdimbre identitaria.

Los grupos de adolescentes muestran un cierto orden preponderante dentro de los planes de interacción posibles, una suerte de organización que identifica de modo similar en cada uno de los miembros de un grupo, y así resulta que se dan cita los más disímiles tipos de prácticas acompañando patrones simbólicos análogos; podrán ser las formas del comer y del beber, los modos de concebir la higiene, la vestimenta, las preferencias musicales o artísticas en general, qué red social utilizan con más frecuencia, etcétera.

El grupo aporta seguridad, atención y dignidad al adolescente, en un mundo que a menudo le resulta anónimo, complejo, insensible y debilitante. La necesidad de tener un grupo de pertenencia y de ser admitido en él define su comportamiento. En medio de una confusión de roles y al no poder ya mantener la dependencia infantil ni poder asumir todavía la independencia adulta, el adolescente delega en el grupo gran parte de sus propiedades.

En lo que acabo de describir se pueden percibir diferentes y particulares modos de ejecución de prácticas comunicativas, ya sean verbales o no verbales, aunque siempre con códigos comunes, encuadradas bajo una marca que les confiere identidad, autoestima y reconocimiento.

Los grupos de pares funcionan como redes que sostienen el tránsito adolescente, consolidando relaciones, apuntalando los procesos identificatorios.

Los adolescentes, en su rol de consumidores están más inquietados que nunca por la escasez económica y paralelamente más inducidos que nunca al consumo, a la aventura y al éxtasis por un mercado y unos medios de comunicación audiovisual que no reposan, en vinculación con adultos desbordados ante un escenario que les resulta ajeno y confuso, poblado por los fantasmas de la violencia, de la indiferencia, del reclamo ilimitado de adolescentes que, en las diferentes clases sociales y con distintas características, y que más allá de su reconocimiento, determinan las sociedades contemporáneas.

Un modo adecuado para comprender la importancia que los grupos de pares cumplen en la trayectoria identificatoria de los adolescentes es echar una mirada en las llamadas tribus urbanas.

Tribus urbanas³

No me voy a detener en todas las tribus urbanas actuales con sus singulares y variadas nomenclaturas, que indican metafóricamente alguna de sus características y que, como ha señalado con acierto Caffarelli (2008), son modos de "cazar identidades". Enumeraré solo algunas: los Emos, los Floggers, los Darks, los Heavies, los Punks, los Góticos, los Indies, los Ravers, los Hipsters...

Los Punks se distinguen por un tipo de música y un estilo de vestimenta (prendas rotas, gastadas, tachas, borcegués, como un intento de manifestar un desprecio por la moda instituida), todo ello acoplado a un enfoque que está relacionado a la consigna "no hay futuro". Lo más distintivo es el cabello: crestas de colores fuertes y llamativos (verde, violeta, fucsia). Este "*no future*" de los Punks nació en Inglaterra a mediados de los años setenta, en correspondencia con la profunda inestabilidad socioeconómica que atravesaba la sociedad británica.

Los Góticos también brotaron en Inglaterra a comienzos de los ochenta en correlación con la aparición del movimiento musical llamado "rock gótico". Se

³Una parte de este tema lo he desarrollado en "Ser o Estar Adolescente" (Lerner, 2015).

popularizaron por toda Europa, y en Alemania se los llamó "*grufties*" (criaturas de las tumbas). Si bien esta tribu está en repliegue hace años, todavía quedan algunos exponentes. Su estética se basa en usar vestimenta negra. Algunos miembros han adoptado formas de vestir con reminiscencias medievales y "vampirescas". Una característica sustancial es el maquillaje tanto en mujeres como en hombres. Se colorean cuello y cara con maquillajes que dan un aspecto de intensa palidez, recalcando ojos y labios con lápiz negro. Asimismo el *piercing* es primordial, ya sea en la nariz, las cejas, la lengua o las orejas. Cuando esta tendencia alcanzó a Latinoamérica, se los denominó también los "Dark" (oscuro en inglés).

Los "Heavies" o metaleros es un grupo que se identifica por su vocación al estilo de música llamado "Heavy metal" o "Rock pesado". En sus comienzos utilizaban un planteo contrapuesto a la consigna *hippie* de "paz y amor" y exhibían una actitud de descontento y enojo frente a la sociedad y sus problemas. Black Sabbath, conjunto musical pionero en este grupo, compuso una canción llamada "*War Pigs*" (Cerdos de la guerra) en la que planteaba su clara actitud de rechazo ante ciertos contextos sociopolíticos. La estética: pantalones y chaquetas de cuero, tachas, camisetas negras con leyendas que refieren al grupo musical favorito, zapatillas de básquetbol, botas militares y cabello largo en ambos sexos, al cual los varones le añaden patillas y barbas.

Los "Indies" germinaron en la década de los noventa. Su nombre es una contracción de "*independents*" ("independientes" en español) y alude a la independencia de algunos sellos discográficos que promovieron la música llamada en ese entonces "alternativa" frente a las ofertas de la corriente más comercial y de consumo. Sustentan una actitud contracultural, según la cual repudian todo lo comercial y valorizan la autogestión en iniciativas culturales como la producción de libros o discos, el diseño de indumentaria, etc. Hacen gala de estar a la vanguardia y de ser creativos. Cultores del llamado "Indie rock", repudian todo lo conectado con el consumo masivo, desprecian al mundo en que prevalece el "tener" sobre el "ser" y valorizan la calidad y el gusto por lo excelso. Están identificados por una actitud de "pesimismo existencial", que asocia una insatisfacción parecida a la de los Punk con un rechazo al materialismo que rememora las posturas del movimiento *hippie*. Declaran la desilusión ante una sociedad en la que ha triunfado el consumo, con la consecuente marginación que genera en extensos sectores de la población y la demanda de libertad. Asumen un interés por la literatura y el arte, este último principalmente si es transgresor y de vanguardia. El icono en este terreno es Andy Warhol. En relación al cine, escogen el de autor y rechazan las producciones comerciales. En su estética se incluyen gafas con marcos gruesos y de colores,

remeras con logos de sus grupos musicales preferidos, jeans gastados o rotos, viejos sacos o chaquetas de fajina, zapatillas de lona, cabello corto y peinado con un "desarreglo prolijo" que procuran mostrar como "casual"; las mujeres llevan flequillo recto y lacio. Este modo de vestir y de presentarse procura mostrar una despreocupación por la imagen y el desprecio por todo lo artificial o desviado de lo natural.

Los Ravers son jóvenes a quienes les cautiva la música electrónica y las fiestas ("rave parties") en las que se escucha este tipo de música. Por esto último, asimismo, se los conoce como "electrónicos" o por su apócope, "electros". Los "ravers" ("fiestero" o "juerguistas" en español) emergen en Inglaterra durante la década del cincuenta; el nombre hacía referencia a los sujetos apasionados por las fiestas. Más tarde, a finales de los ochenta, se llamó "raves" a los que asistían a fiestas de larga duración. Los Ravers son, pues, integrantes de una tribu urbana que frecuentan las fiestas electrónicas y que comparten la filosofía y el gusto por la música que se escucha en estas reuniones, muchas veces multitudinarias, realizadas en sitios muy amplios, ya sea abiertos o cerrados. Las fiestas electrónicas más afamadas, originadas en Europa pero que se han difundido en diversos países latinoamericanos, son el "Love Parade" y la "Creamfields".

Estas fiestas o festivales, en que lo central es la música y el baile, suelen durar doce o más horas. En ellas se prioriza el encuentro pacífico, tranquilo y no debe haber lugar para enfrentamientos, conflictos ni, mucho menos, peleas. Los concurrentes a estos eventos plantean compartir momentos en los cuales se deben abandonar las diferencias tanto personales como sociales. Debe reinar un marco de amistad, amor y gozo. El lema que los identifica es PURA: paz, unidad, respeto, amor. En estos jóvenes impera el "vivir y dejar vivir". Su búsqueda tiene que ver con la libertad interior y desean distanciarse de la tristeza y de los escenarios desgraciados de la realidad. No sienten afinidad por la política. Lo central reside en gozar la música y en el transcurrir de la fiesta. Así como en muchas de las tribus que antes retraté circula la marihuana, en esta, la droga que reina es el éxtasis (llamada la "droga del amor"). Dudo que hoy día haya algún terapeuta que no tenga experiencia con jóvenes pertenecientes a esta cultura tan presente y extendida, por lo menos en Buenos Aires y alrededores, especialmente en las clases medias acomodadas.

Los Emos han surgido alrededor de los últimos 15 años. El término deriva del género musical "emo" = *emotional hard core* (núcleo emocional fuerte). Esta música gira en torno de emociones y estados de ánimo oscilantes. Los Emos, un tanto en retirada, prevalecen en sujetos entre 13 y 17 años y se caracterizan por asumir un aspecto melancólico y por expresar libremente sus sentimientos, en particular la

tristeza, la incomprensión y la desesperanza. La vestimenta es preferentemente negra, remeras estampadas ceñidas al cuerpo, jeans angostos y apretados, buzos con capuchas, cintos con tachas colgantes y decorados con pequeñas calaveras y corazones rotos. Invariablemente está presente el *piercing* en la nariz, las cejas, los labios u orejas. El peinado es distintivo: flequillo muy lacio de medio lado que les cubre un ojo, e incluso recubre la mitad de la cara. Llevan el pelo negro con matices rosas o rojizos. El maquillaje, tanto en varones como en mujeres, consiste esencialmente en remarcar los ojos de color oscuro.

La tribu de los "Floggers" está intrínsecamente enlazada con el sitio web "fotolog.com", donde publican fotos y comentarios acerca de dichas fotos. Se llaman "Floggers" ("flageladores" en inglés o "vendedores" en *slang*) a los que emplean ese sitio web, "suben" o "postean" fotos a su fotolog y las exponen públicamente; por extensión, también se denomina así a todos aquellos que acceden a su página personal o "flog". La cantidad de "firmas" o comentarios reunidos por algo que hayan "posteadado" decreta su popularidad. En general, lo que "suben" son fotos de adolescentes junto a sus amigos o parejas, y autorretratos llamados "selfies". Por supuesto, tienen una relación fundamental con la tecnología: son centrales entre sus pertrechos los celulares con cámara fotográfica, las *notebooks* y las cámaras digitales. Lo central en este colectivo radica en exponerse, mostrarse, abrir al público su privacidad para que cualquiera pueda desplegar comentarios. En los últimos años se han incorporado otros sitios que posibilitan la exposición, como Instagram; habrá que esperar si generan un interés tal que promueva el armado de un grupo o tribu alrededor de estos sitios o redes sociales. (El uso de Facebook está siendo abandonado por los jóvenes y está siendo utilizado por personas de mediana edad a mayores).

Los "cumbieros" o "cumbios" son una tribu urbana que ha sido muy popular hace algunos años en la Argentina y otros países de Latinoamérica. Este grupo se distinguía primordialmente por escuchar la cumbia villera, subgénero de la cumbia argentina, nacido en las villas miseria de la capital del país. Sus letras tienen un lenguaje vulgar, propio de las juventudes marginales con extrema vulnerabilidad social: historias de vida con referencia a la bebida, las drogas, los bailes nocturnos, el sexo, la delincuencia (el localismo argentino "chorro", ladrón, es la palabra más usada en el género). Alrededor del año 2000 los cumbieros lograron el mismo éxito y fama que los grupos más reconocidos del rock, pero a diferencia de estos últimos, las bandas de cumbia villera no suelen hacer recitales multitudinarios, sino que tocan en cinco o seis "bailantas" (lugares de baile) por fin de semana. Las grabaciones de cumbia villera han llegado a Paraguay, Bolivia, Colombia, Ecuador, Chile, México y,

en menor medida, al Perú. Los cumbieros se caracterizan por usar zapatillas caras a las que denominan "llantas", y eligen usarlas desatadas y con las lengüetas hacia afuera, para resaltar la marca. Usan pantalones de telas sintéticas o de tela de avión, comúnmente anchos y también de buena marca, al igual que las remeras o camperas. Tienden a hacerse reflejos rubios o platinados en el pelo, a utilizar gorras de equipos de básquetbol y camisetas de equipos de básquet o fútbol. La cumbia villera ha originado múltiples polémicas, sobre todo en relación a las letras de las canciones, ya que se considera que su contenido es obsceno, machista y delinencial. Muchos han aseverado que su apología del delito siembra la delincuencia, de ahí la gran cantidad de detractores que ha tenido esta tribu. Si bien, como he indicado, este grupo prepondera en sectores vulnerables de la sociedad, vale la pena señalar que la música de esta tribu ha tenido desde hace algunos años seguidores provenientes de las clases medias y medias altas. Era frecuente que en las reuniones sociales, las fiestas o los lugares de veraneo (Punta del Este, Pinamar, etc.) de estas clases sociales, la música central fuese la cumbia villera.

En los últimos años apareció un grupo de jóvenes a los que se los conoce como *hipsters*: se identifican por tener gustos e intereses asociados a lo *vintage*, lo alternativo y lo independiente.

Los *hipsters* están en contra de las convenciones sociales y objetan los valores de la cultura comercial preponderante (el *mainstream*), en favor de las culturas populares locales. En este sentido, poseen una sensibilidad variada, con estilos de vida alternativos que van desde seleccionar la comida orgánica hasta beber cervezas de elaboración artesanal.

Su vestimenta es un tanto extravagante, con un *look* inusual y una interpretación de la moda muy irónica. Adoptan prendas de ropa de estilo moderno y *vintage*. Rescataron algunos accesorios antiguos, como los sombreros de ala, los lentes de sol al estilo *wayfarer* (cuadrados y negros), los pantalones de pitillo y los estampados con lunares o con patrones a cuadros. El corte de cabello en los varones es típico: corto y dejan en la parte superior de la cabeza el pelo más largo. Suelen usar barba.

Por lo general son de clase media y media alta, que viven en las grandes ciudades del mundo. Últimamente muchos deportistas -especialmente los futbolistas- han elegido esta moda.

Se caracterizan por escuchar *jazz* e *indie*, músicos del estilo de Tom Waits, Bob Dylan, y bandas de rock alternativo; ver películas clásicas y de cine independiente; ir a las ferias de ropa usada y objetos de segunda mano; visitar galerías de arte y museos; tener las últimas novedades tecnológicas; usar las redes sociales para comunicarse, publicar fotos, compartir música, videos, etcétera.

La incongruencia de la cultura *hipster* es que, al popularizar su propia tendencia, que reside en un constante rechazo hacia las modas dominantes y una búsqueda de patrones de vida alternativos, se ha transformado, a sí misma, en todo aquello que rechaza, es decir, un movimiento no *hipster*.

Hipster es una palabra inglesa cuyo uso data de 1940, cuando se la utilizaba como un equivalente del término *hepcat*, un estilo o moda asociado al ámbito del *jazz*.

El fenómeno de las tribus o grupos de jóvenes agrupados por determinadas características no es nuevo. Así como en los años cincuenta estaban vigentes los existencialistas o los *hippies* en los años sesenta y setenta, cada época ha dejado sus marcas en los modos de adhesión de los jóvenes a las tendencias que los han llevado a congregarse.

Seguramente he dejado de apuntar diferentes tribus o grupos aunados por diversos intereses y tendencias. Mi interés se centra en señalar la importancia de tener mínimamente un conocimiento acerca de estos fenómenos grupales, sociales y culturales.

Como psicoterapeutas, debemos estar familiarizados con estas peculiaridades para no caer en un facilismo psicopatologizador y reconocer, en cambio, que las conductas "extrañas" a lo instituido son modos o intentos de los adolescentes de insertarse en el mundo, comenzado por el mundo de sus pares.

Aunque en la actualidad muchas de estas tribus no tengan vigencia, importa tener una visión de ellas para ensanchar nuestra visión del mundo adolescente.

El psicoanálisis debe introducirse en estas formas de expresión adolescente, tratar de entenderlas y teorizar acerca de ellas.

No hay duda de que estos jóvenes, sin distinción del grupo al que pertenezcan, ponen en juego en estas tribus urbanas sus ideales del yo, sus proyectos identificatorios, su autoestima, la necesidad de ser reconocidos y de cobrar existencia para sus otros significativos, su búsqueda de especularidad, su deseo de diferenciarse del mundo y de los valores de los adultos.

Otras modalidades adolescentes: los millenials, Generación Z y los Ni-Ni⁴

Ana María Fernández (2013) ha retratado a los "jóvenes de vidas grises", sujetos con varios tipos de sufrimientos pero que ante diversas preguntas manifiestan siempre: "Todo bien, nada, todo tranquilo", y esta autora plantea que es como si se

⁴ Este tema también lo he desarrollado en "Ser o Estar Adolescente" (Lerner, 2015).

ubicasen en un modo de espera para que el otro les explique qué les pasa. ¿Ausencia de una postura interrogativa? ¿Vacíos existenciales?

Fernández describe una modalidad en la que funciones como “definir, decidir, optar, elegir” estuviesen inhibidas. Una elección vocacional, una opción de elección sexual, una elección laboral, o algo tan simple como elegir algún programa con amigos, por ejemplo, entran para los adolescentes contemporáneos en el terreno de la indefinición, de la parálisis para elegir. Expresan pocos deseos y tienen escasos o ningún proyecto.

La llamada generación Y tiene entre 18 y 30 años. Crecieron rodeados de tecnología, consumo y publicidad. No creen en el trabajo para toda la vida ni en la política, aunque la ecología logra movilizarlos. El núcleo del grupo, dicen los sociólogos, está en los sujetos que tienen entre 22 y 28 años, que suceden y trastornan a los miembros pragmáticos e individualistas de la Generación X, los que hoy tienen entre 35 y 45. También se los llama “millennials” (los jóvenes del nuevo milenio), “generación Google” o “iGeneration”, en referencia al significativo lugar que ocupan en sus vidas herramientas de la tecnología como los “iPads” y los teléfonos inteligentes, no en tanto dispositivos útiles para alguna aplicación determinada, sino como una ramificación significativa de sus cuerpos; en estos se encontrarán con sus intereses y sus maneras de informarse, comunicarse y entretenerse.

La Generación Y transita por sus trayectos universitarios y arriba a sus potenciales empleos y a cualquier escenario en general con un estilo hedonista, inquieto y de atención múltiple. Esto entra en conflicto con las expectativas de docentes y jefes, que se sorprenden cuando, en una entrevista laboral, el postulante, llevado por su interés cardinal, realiza preguntas como: “¿Cuántas semanas de vacaciones tengo?”, o cuando en una clase no formulan preguntas sino que sus participaciones comienzan ordinariamente con “Yo opino que...”.

Parecería que para esta generación el trabajo perdió su valor de estabilidad; son jóvenes que valorizan el consumo más que la acumulación de bienes; que quieren percibirse contemporáneos y ser dueños de su propio tiempo; que consienten la diversidad de buen grado; que arman sus salidas improvisando y sobre la marcha; que quieren ser registrados como adultos sin dejar de vivir con sus padres; que desprecian la política tradicional pero se apuntalan con ganas en las causas ecológicas y solidarias.

Son más autónomos que los jóvenes de antes, pero con menos convicciones. Se sienten libres para ir cimentando su propia biografía, pero con menos certidumbres. Habitan un mundo que ya no tiene aquellas organizaciones que daban protección y seguridad, sobre todo en el ámbito laboral.

En la Argentina, el grupo reconocido con estas características pertenece a una franja socioeconómica media y media alta, y posee un capital tanto económico como educativo que le consiente, por ejemplo, cambiar con frecuencia de trabajo, o dilatar la salida de la casa paterna hasta finalizar los estudios universitarios de posgrado o después de lanzarse a un viaje iniciático por Asia.

Este colectivo, que no supera el 20% de los jóvenes de veintipico de años, es parte de un fenómeno global que en Europa y Estados Unidos se identifica con la instauración de los llamados "valores posmateriales": valorizan la autoexpresión, la autonomía y la calidad de vida por arriba de la satisfacción de las necesidades materiales, que dan por sentada. Rotundamente, no pueden pertenecer a él aquellos sujetos que crecen con la certeza de que la supervivencia será incierta.

Según varios estudios, el de Mascó (2012) entre otros, el trabajo es uno de los planos en los que más manifiestamente se ve la divergencia entre los X (antecesores de los Y) y los Y. Un "sujeto X" se determina por su trabajo y a través de lo que hace. Desea continuar formándose, planea una carrera y admite el *statu quo*. Para "un Y", el trabajo es solo lo que le facilita arribar a lo que ambiciona, como lograr la libertad personal y el placer.

Para un X el trabajo es un aspecto sustancial en la realización de una persona, mientras que para un Y el trabajo le permite "tener sus cosas" o el trabajo es para obtener lo que necesita para vivir, pero lo esencial es sentirse cómodo.

La familia ocupa para los Y un lugar central, pero de otra forma que para los X. Están instalados placenteramente en la casa de sus padres. En su caso, la adultez no se corresponde con la independencia. Están formateados hacia la inmediatez, por eso no ven el beneficio conectado con el esfuerzo. La amistad es un valor significativo para los Y, incluyendo tanto a los amigos cercanos e históricos -el club, la escuela, la universidad- como los cientos de contactos que mantienen en Facebook y otras redes sociales. La Generación X usa Facebook y otras redes sociales para reencontrarse con sus conocidos, en tanto que los Y acopian contactos a quienes apenas les hablan, no les dirigen la palabra o los bloquean a su antojo. En los momentos libres, la ausencia de un programa determinado es sinónimo de libertad y goce: "Estaba chateando por Facebook a la dos de la mañana y pintó algo", en la actualidad prefieren Instagram, Snapchat o WhatsApp. La idea de pareja es funcional, postergada para un más adelante impreciso. Primero se debe viajar, finalizar los estudios, consumir en ellos mismos.

Es común considerar a esta generación como "nativos digitales", sintetizando así el significado primordial que tiene para ellos la tecnología, a la que no apartan de sus vidas y cumple en estas variadas funciones, ya que es comunicación, esparcimiento

personalizado y móvil, pero sobre todo debe ser ostentable. El aspecto estético de los aparatos que manejan es medular, como bien saben las compañías que los producen.

Según los científicos sociales, ha surgido un grupo nuevo que ya ocupa un lugar: los Z. Sus hermanos mayores, los Y que recién describimos, fueron considerados egocéntricos y poco comprometidos; al grupo de los Z se los califica de ansiosos y contradictorios; sus características psicosociales específicas los diferencian de los miembros de las generaciones anteriores, aunque también se encuentran encadenamientos con la generación Y, su precedente. Son "nativos digitales" en forma categórica y la tecnología está presente en sus vidas desde que nacen. Son ansiosos y esperan respuestas cada vez más vertiginosas en todas las esferas. Son curiosos, indagadores e investigan todo en internet, por lo que no siempre manejan información precisa. Anhelan ser sus propios jefes y cimentar su propio proyecto, el cual relacionan potentemente con el desarrollo de una profesión a la que le dará acceso su formación universitaria. Cuando eligen su carrera, lo hacen infiriendo el desarrollo profesional más autónomo y emancipado que puedan imaginar. Por ejemplo: desean recibirse de ingenieros, transitar una experiencia en una empresa de tecnología, para después arrojarse a su propio emprendimiento. La expresión "nacieron con un chip en la cabeza", que se suele aplicar a niños pequeños que utilizan los iPads o los teléfonos celulares, es sencillamente lo normal en el caso de los Z. Esto hace que predomine en esta generación una inteligencia práctica y una agilidad mental que seguramente no se han observado en las anteriores, y parecería traer algunas derivaciones en cuanto a la educación de esta generación todavía joven. Por tratarse de individuos ampliamente sensoriales, su falta de lectura es un problema que todos los docentes padecen. Leen cruzado, escogen los cuadros o los gráficos y se entusiasman con las presentaciones interactivas. Para que puedan aprender, su educación tiene que estar finalmente acompañada por diversión y por el uso de todos los sentidos, ocupando los elementos tecnológicos un lugar central.

Se suele afirmar que la generación Z privilegia el trabajo flexible y que intentan aprender nuevas destrezas en el trabajo. Les interesa agregar nuevas aptitudes a aquellas con las que ya cuentan. Las tareas repetitivas les resultan aburridas, monótonas; se orientan al cambio, de modo tal que pueden cambiar de contexto y aprender fácilmente nuevas destrezas. Son ambiciosos en lo que concierne a los objetivos de su trabajo. Son, sin lugar a dudas, consumistas implacables, y se caracterizan por su capacidad para realizar muchas tareas a la vez ("*multitasking*") y por la pretensión de entrar velozmente en el universo de los adultos. Es común que mientras un Z habla con alguien que está junto a él, tenga su iPad prendido y esté

chateando con el celular.

Mientras los chicos reciben su propio celular cada vez a más temprana edad, la televisión tradicional fue sustituida por sitios de entretenimiento "según la demanda" que les ofrecen la posibilidad de ver películas y series en continuado. Pasan varias horas mirando una temporada completa de una serie televisiva y están dispuestos a gastar dinero por eso sin titubeos.

Acostumbran llevar invariablemente un teléfono en la mano y están las 24 horas conectados. Usan Twitter y WhatsApp para mensajearse y, cada vez menos, el Facebook.

Tienen la certeza de que internet y, específicamente los buscadores, son el medio que franquea todas las respuestas. Organizan la vida diaria mediante mensajes de texto o chat, incluso con miembros de la misma familia, dentro del hogar.

Lo atrayente, lo interesante para ellos, no es únicamente el mundo físico o real que está más allá de la casa, sino ese mundo virtual, pero tan real como el otro.

No solo sus padres sino también sus maestros y profesores se enfrentan a situaciones que los sobrepasan. Celulares en las aulas, desconcentración, cuestionamientos. Los más chicos de esta generación (12 o 13 años) están muy preocupados por su vestimenta, y el deporte dejó de ser para ellos un juego que se disfruta en equipo para convertirse en una competencia. Tienen necesidad de ser vistos, de ser reconocidos, y ningún ámbito queda exento de ello.

No tienen necesidad de leer un libro completo, les bastan algunos fragmentos para intuir el todo, y siempre consideran predilecto lo que está en internet. Piensan que no es preciso memorizar conceptos y temas ya que están allí disponibles y a mano. Les cuesta entender el sistema de formación académica escolar y se lo dicen a los docentes con libertad y naturalidad.

Indudablemente, los canales de comunicación han cambiado de manera vertiginosa y la proyección es que esta transformación siga la tendencia. No hay vuelta atrás.

En conclusión, los adolescentes continuarán siendo eso, adolescentes. La frescura, la inocencia, la ingenuidad y la simpleza con la que ven el mundo no desaparecerán. La lucha que deben librar padres y maestros es no perder el contacto con ellos mientras se quejan por sus cambios y, paradójicamente, están absorbidos ellos también por la misma tecnología. Si estos son los nuevos códigos, habrá que asimilarlos, perfeccionarlos y ajustar el mensaje a ellos. Lo importante es que siempre haya mensaje.

Abandonemos ahora por un momento a los X, los Y y los Z, y echemos una ojeada a los "Ni-Ni": los jóvenes que no trabajan ni estudian.

Es un fenómeno en ampliación que se da en varios países; viven sin saber qué hacer o para qué esforzarse, lo que les genera angustia.

En los últimos años, muchas consultas de adolescentes son por estados de angustias difusas más que por vivencias traumáticas o peleas con los padres; la angustia que se relaciona con la falta de bordes precisos, de límites claros, de reglas a las cuales oponerse y así poder transgredir. Este universo indiferenciado se vio ampliado últimamente con la demanda de terapia para jóvenes de 18 a 21 años que debían materias de la secundaria, y no sabían qué seguir haciendo después. Sin saber en quién y en qué creer, o para qué esforzarse, una sensación de sinsentido acompaña a estos adolescentes. En algunos puntos se parecen a los "jóvenes de vidas grises" que describió Fernández.

En toda evolución hay pérdidas y ganancias, e indudablemente estamos marchando hacia una nueva percepción de la vida más realista en cuanto a lo incierta y frágil que es, cuando un número considerable de valores anteriores se sostenían en una idea errónea e ilusoria de las certezas. En esta transición actual, al haberse perdido muchas certidumbres y garantías, se está extraviando también el sentido, y surge la pregunta: para qué hago lo que hago si, finalmente, nada permanece.

Mientras existió un "Estado de bienestar", la escolaridad estaba articulada a un soporte social más amplio, y se conjeturaba que, una vez acabado el proceso de aprendizaje, los jóvenes accederían a algún trabajo digno. Hasta para quienes quedaban excluidos de las instituciones educativas se encontraban mecanismos paralelos de integración social.

Este contexto permitía aplazar la satisfacción por medio de un sacrificio que luciría sus frutos en un futuro próximo. Esto no es lo que ocurre en este momento con numerosos jóvenes para quienes no hay futuro. En tal sentido, hay que precisar que la deserción escolar se relaciona con las relaciones de clase y económicas y que se da con mayor intensidad en los sectores de bajos recursos, aunque está presente en diferentes clases sociales.

Los problemas que atraviesan las instituciones educativas para relacionarse con los nuevos alumnos se enlazan con la dificultad de sostener una rutina de sacrificio en pos de un futuro mejor cuando no se percibe futuro alguno. Por lo tanto, la rutina escolar no solo se vuelve poco seductora -situación que se intensifica cuando se la compara con el formato flexible de los medios de comunicación- sino, primordialmente, insoportable.

La familia está en desorden (Roudinesco, E., 2003) y la autoridad de los padres,

del docente, de la ley, ha sido degradada; básicamente, dado que el fenómeno social implica el respeto de determinadas pautas, la sociedad toda presenta signos de desintegración. La falta de trabajo, de autoestima (Hornstein, L., 2015), de una persona que sea "cabeza de familia", ha llevado a la creación de un grupo humano sin metas y esperanzas en el futuro. Actualmente, un conjunto significativo de la juventud no abriga proyectos o tiene dificultades para concretarlos, tiende al facilismo y a la satisfacción de sus escasas metas por medio de métodos no convencionales, impensables en otra época, donde prevalecía una cultura del trabajo, de la corrección, de la urbanidad, o sea, la proyección de un yo-social. Hoy, el objetivo último de algunos jóvenes es con frecuencia formar parte de barras que se congregan por un partido de fútbol, integrar alguna tribu urbana o reunirse para tomar alcohol en las esquinas.

Es importante remarcar que en las clases sociales bajas hay una clara relación entre este posicionamiento sociocultural de los "Ni-Ni" con el contexto socioeconómico, que impide estructurar y cumplimentar proyectos personales y colectivos. En estos, el marco social y económico funciona en muchos jóvenes como generador de "no hay futuro".

Los medios de comunicación generan la capacidad de hacer entrar en el universo de lo posible un acto a veces pensado, pero circunscrito a la esfera de lo imaginario. El sentimiento de que "otros también lo hacen" puede conferir un carácter de "normalidad" a un gesto desesperado. Si otros "no hacen nada, también yo puedo no hacer". En otras palabras, crea una forma de oportunismo cognitivo.

Para terminar, el proceso identificatorio (Aulagnier, 1991) y la producción identitaria entrañan tener presente la noción de intersubjetividad y es esta una condición ineludible para agenciarse de una subjetividad más rica. De ahí la importancia de los grupos de pares, las tribus, las redes sociales, etc., en el devenir adolescente.

Observando la adolescencia parece que estuviésemos presenciando estas expresiones con una lente. El grupo adolescente, molde identificatorio por excelencia, funciona como un marco intersubjetivo que fortalece y co-construye subjetividades, y a menudo facilita que los traumas y obstáculos distintivos de esta etapa no originen atascamiento y desestructuración sino ensanchamiento y mayor complejización psíquica. La especularidad intersubjetiva que se instala en los grupos de pares produce que el grupo adolescente actúe como contención y admisión de que lo traumático, lo inexplicable, lo enigmático, lo angustiante, son vivencias compartidas

que permiten así que el adolescente no se sienta extrañado en sus "rumiaciones".

Debemos considerar, como lo ha trazado Winnicott (1971), que el adolescente debe ser "inmaduro, irresponsable, cambiante, juguetón", y a los adultos nos atañe alojarlos, albergarlos, acompañarlos, ampararlos y dejar "que pase el tiempo y traiga lo que llamamos madurez".

Numerosos adolescentes no pueden ser "inmaduros, irresponsables, cambiantes, juguetones" y no disponen del tiempo imprescindible para su transición adolescente; no cuentan con la "moratoria social" (Erikson, 1982) que se les debería otorgar. Por acontecimientos familiares o sociales (muertes, desempleo, trastornos en la estructura familiar, etc.), muchos se deben graduar de adultos prematuramente y dejar atrás -como dice Winnicott con tanta claridad- "la inmadurez... una parte preciosa de la escena adolescente [que] contiene los rasgos estimulantes del pensamiento creador, de sentimientos nuevos y frescos, de ideas para una nueva vida".

Aulagnier manifiesta que un adolescente plantea la apasionada demanda de su derecho a ser un habitante cabal en el mundo de los adultos; muy a menudo, en un universo que será reformado por él y sus pares en nombre de nuevos valores, que comprobarán lo irracional o la falsedad de los que se intenta imponerle (1989), y que frente a estas condiciones es más importante la comprensión que la confrontación.

Inmaduros, irresponsables, insensatos, inconstantes, juguetones, reivindicadores, en última instancia, practicantes perseverantes de todo aquello que los ubique en un proceso identificador (aunque muchas veces estén al borde del derrumbe), la mayoría de los adolescentes logrará afrontar este tránsito sin ceder en el proyecto.

Agenciarse la sensación de "yo soy", y la consecuente relación con "yo era" y "yo seré" (o sea, construir su historia), es un trabajo psíquico que se despliega articulado con el mundo.

El hecho de discernir mejor sus conductas, muchas veces extrañas y alejadas de lo considerado normal, evitará que nos convirtamos en "diagnosticadores seriales". Y para comprender sus modas, transgresiones, fanatismos, modos de agruparse, etc., es importante recurrir a la transdisciplina y consultar a los demás profesionales de las ciencias sociales. Si aspiramos a entender las subjetividades contemporáneas debemos salir del solipsismo teórico parroquial. Ello nos permitirá ser más permeables a los "desarreglos" adolescentes y, de esa manera, mejores terapeutas.

Resumen

La adolescencia está transitada por huracanes emocionales que estremecen la identidad y el yo del sujeto. La identidad, en esta etapa de la vida, se encuentra sacudida, endeble. El deseo de ser un sujeto en el mundo conlleva una urgencia que no es asistida por el principio de realidad. Demorar la acción es vivido frecuentemente como mortífero. Los grupos de pares funcionan como redes que sostienen el tránsito adolescente, consolidando relaciones, apuntalando los procesos identificatorios. Un modo adecuado para comprender la importancia que los grupos de pares cumplen en la trayectoria identificatoria de los adolescentes es echar una mirada en las llamadas tribus urbanas.

Descriptores

Adolescencia, Identidad, Proyecto identificatorio, Intersubjetividad, Tecnología.

Adolescences: agitated identities Teenage passage and subjective flusters

Summary

Adolescence is affected by emotional hurricanes which shudder identity and individual's ego. At this stage of life, identity is shaken and feeble. The wish of being an individual in the world entails a certain urgency not aid by the reality principle. Delaying actions is frequently lived as deadly. Peer groups work as supporting nets regarding teenage passage while strenghting relationships and bracing identifying processes. Reflecting on the so called urban tribes becomes, therefore, a viewpoint to understand the peer group's importance regarding teenage identifying's path.

Keywords

Adolescence, Identity, Identifying project, Intersubjectivity, Technology.

Adolescences: identités mouvementées: Le passage adolescent et les chocs subjectifs

Rèsumé

L'adolescence est fréquenté par des ouragans émotionnels qui font frémir l'identité et le moi du sujet. L'identité, dans cette étape de la vie, est agité et fragile. Le désir d'être un sujet dans le monde entraîne une urgence pas aidée par le principe de réalité. Retarder l'action est fréquemment vécu comme mortel. Les groupes de pairs se comportent comme des réseaux de soutènement en ce qui concerne le passage adolescent en

consolidant des relations et en soutenant les processus identitaires. La réflexion sur les bandes urbaines entraîne, ainsi, un point de vue pour comprendre l'importance concernant le passage d'identification des adolescents.

Mots Clés

Adolescence, Identité, Projet d'identification, Intersubjectivité, Technologie.

Referencias

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires. Amorrortu, 1988.
- _____ (1989). "Construir(se) un pasado". *Psicoanálisis*. Apdeba, Vol. XIII, N.º 3. Buenos Aires, 1991.
- _____ (1991). "Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia", en Hornstein, L. (comp.). *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires. Paidós.
- Badiou, A. (1988). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires. Ed. Manantial, 1999.
- Bauman, Z. (2003). *Identidad*, Buenos Aires. Losada, 2005.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires. Ed. Topía.
- Bollas, C. (1987). *The shadow of the object: Psychoanalysis of the unthought Known*. London. Free Association Books.
- Caffarelli, C. (2008). *Tribus urbanas*. Buenos Aires. Lumen.
- Castells, M. (1998). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Tomo 2: "El poder de la identidad". Madrid. Alianza.
- Castoriadis, C. (1986). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1998.
- Dolto, F. (1988). *La causa de los adolescentes*. Barcelona. Seix Barral, 1990.
- Erikson, E.H. (1982). *The Life Cycle Completed. A Review*. Nueva York. Norton & Company.
- Fernández, A. M. (2003). *Jóvenes de vidas grises*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Freud, S. (1914). "Introducción del narcisismo". *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu, 1979,
- (1917 [1915]). "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu, 1979,
- (1930). "El malestar en la cultura". *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires. Amorrortu, 1979,
- Green, A. (1983). *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu, 1986.
- _____ (2002). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires. Amorrortu, 2005.
- Hornstein, L. (2002) *Narcisismo: autoestima, identidad y alteridad*. Buenos Aires. Paidós.
- _____ (2008) Clases del curso anual de la Fundación de Estudios Psicoanalíticos (FUNDEP).
- _____ (2011). *Autoestima e identidad: narcisismo y valores sociales*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2015). "Adolescencia: una clínica convulsionada", en M.C. Rother Hornstein (comp.), *Adolescencias Contemporáneas*. Buenos Aires. Psicolibro Ediciones.
- Lerner, H. (2003). "¿Técnicas o rituales?", en H. Lerner (ed.), *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.
- (2006). "Adolescencia, trauma, identidad", en M.C. Rother Hornstein comp., *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires. Paidós.
- (2011). "No hay yo sin otro". En *Actualidad Psicológica N.º 402*. Buenos Aires, noviembre de 2011.
- (2013). "Felicidad, sufrimiento, realidad", en H. Lerner (ed.). *Los sufrimientos*. Buenos Aires. Psicolibro Ediciones.

- (2015). "Ser o estar adolescente. Interrogantes y cuestiones de la contemporaneidad"; en M.C. Rother Hornstein (comp.). *Adolescencias Contemporáneas*. Buenos Aires. Psicolibro Ediciones.
- (2016). "Narcisismo trófico y narcisismo convulsionado", en Alejandra Vertzner Marucco (comp.). *De pánicos y furias. La clínica del desborde*. Buenos Aires. APA editorial, Lugar Editorial.
- y Sternbach, S. (eds.) (2007). *Organizaciones fronteras-fronteras del psicoanálisis*. Buenos Aires. Lugar Editorial.
- (2017). Adolescentes: cazadores de identidades. Entre las convulsiones identitarias y los devenires subjetivos, en Silvia Morici y Gabriel Donzino (comp.). *Problemáticas Adolescentes*. Noveduc.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado*. Buenos Aires. Paidós.
- Mascó, A. (2012). *Entregeneraciones*. Buenos Aires. Temas Grupo Editorial.
- Mead, M. (1968). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona. Planeta, 1985.
- Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*, Madrid. FCE, 2007.
- Roudinesco, E. (2002). *La familia en desorden*. México. Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Rother Hornstein, M.C. (2003). "Identidad y devenir subjetivo", en Lerner, H. (comp.) *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.
- _____ (2006). *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires. Paidós.
- _____ (2015). "Adolescentes, jóvenes: nuevos horizontes: escuchar, interrogar, pensar" en M.C. Rother Hornstein (comp.). *Adolescencias Contemporáneas*. Buenos Aires. Psicolibro Ediciones.
- Serres, M. (2012). *Pulgarcita*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Steiner, G. (1974). *Nostalgia del absoluto*. Madrid. Siruela, 2001.
- Viñar, M. (2013). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Buenos Aires. Noveduc.
- Wagensberg, J. (2014). *El pensador intruso*. Barcelona. Tusquets.
- Winnicott, D. (1945) "Desarrollo emocional primitivo", en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona. Editorial Laia, 1979.
- (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires. Granica, 1972.
- (1984). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires. Paidós, 1990.